

Decía al Conde palabras,
Mostrándole voluntad.
—Esforzado conde Dirlos,
Lo que habeis hecho me place,
Y muy mucho mas del campo
Contra Oliveros y Roldane.
Una cosa rogar quiero,
No me la queráis negare;
Pues no es principal Oliveros,
Ni ménos es Don Roldane,
Sin perjudicar vuestra honra
Con cualquier pòdeis pelear:
Tomad vos á Oliveros,
Y dejadme á Don Roldane.
—Pláceme, dijo el Conde,
Renaldos, pues á vos place.—
Desque supieron las nuevas
Los grandes y principales
Qu'es venido el conde Dirlos,
Y que está ya en la ciudade,
Veréis parientes y amigos
Qué grandes fiestas le hacen.
Los que á Roldan mal quieren
Al conde Dirlos hacen parte,
Por lo cual toda la Francia
En armas veréis estare:
Mas si los doce quisieran
Bien los podían paciguare;
Mas ninguno por paz se pone,
Todos hacen parcialidade,
Sino el arzobispo Turpin,
Que es de Francia cardenale,
Sobrino del Emperador,
En esfuerzo principale,
Que solo aquel se ponía
Si los podía apaciguare;
Mas ellos escuchar no quieren,
Tanto se han mala voluntad.
Veréis ir dueñas, doncellas
A unos y á otros rogare:
Ni por ruegos ni por cosas
No los pueden paciguare.
Muestra mas saña que todos
El esforzado Meriane,
Hermano del conde Dirlos,
Y hermano de Durandarte,
Aunque por diferencias
No se solían hablare,
De que sabe lo que ha dicho
En el palacio reale,
Que si el Conde mas tardara
El casamiento hiciera pasare
A pesar de todos ellos,
Y á pesar de Don Beltrane.
Por esto cartas envía
Con palabras de pesare,
Que aquello que él ha dicho
No lo basta hacer verdade,
Que aunque el Conde no viniera
Había quien lo demandare.
El Emperador que lo supo
Muy grandes llantos hace:
Por perdida dan á Francia
Y á toda la cristiandade:
Dicen que alguna de las partes
Con moros se irá á ayuntare.
Triste iba y pensativo,
No cesando el sospirare;
Mas los buenos consejeros
Aprovechan á la necesidad.
Consejan al Emperador
Para remedio tomare,
Mande tocar las trompetas
Y á todos mande juntare,
Y al que luego no viniera
Por traidor lo mande dare;
Que le quitará las tierras
Y mandará desterrare:
Mas todos son muy leales,
Todos juntado se hane.

El Emperador en medio dellos
Llorando empezó de hablare:
—Esforzados caballeros!
;Oh primos míos carnales!
Entre vosotros no hay diferencia
Si no la quereis buscar:
Todos sois muy esforzados,
Todos primos, de linaje,
Acuérdeseos de morire
Y que á Dios haceis pesare,
No solo en perder á vosotros,
Mas toda la cristiandade.
Rogar os quiero una cosa,
Y no os queráis enojare;
Que sin mis leyes, de Francia
Campo no se puede dare.
De tal campo no soy contento,
Ni á mi cierto me place,
Porque yo no veo causa
Porque lo haya de dare,
Ni hay vergüenza, ni injuria
Que á ninguno se pueda dare,
Ni al Conde han enojado
Oliveros ni Roldane,
Ni el Conde á ellos ménos
Porque se hayan de matare,
De ayudar á sus amigos
Ya es la usanza tale.
Si Celinos ha errado
Con amor y moedad,
No ha tocado á la Condesa,
Ni ha hecho tanto male
Que dello merezca muerte,
Ni se la deben de dare.
Ya sabemos que el conde Dirlos
Es esforzado y de linaje,
Y de los grandes señores
Que en Francia comen pane,
Que quien enojare á él
El le basta á enojare,
Aunque fuese el mejor caballero
Que en el mundo se hallare.
Mas porque sea escarmiento
A otros hombres de linaje,
Que ninguno sea osado,
Ni pueda hacer otro tale
Si estimara su honra
En esto no osara entrare,
Que mengüemos á Celinos
Por villano, y no de linaje;
Que en el número de los doce
No se haya de contare,
Ni cuando el Conde fuere en cortes
Celinos no pueda estare,
Ni do fuere la Condesa
El no pueda habitare.
Y esta honra, el conde Dirlos,
Para siempre os la darane.—
Don Roldan cuando esto oyera
Presto tal respuesta hace:
—Mas quiero perder la vida
Que tal haya de pasare.—
El conde Dirlos que lo oyera
Presto se fué á levantare,
Y con una voz muy alta
Empezara de hablare:
—Pues requiéroos, Don Roldan,
Por mí y el de Montalvane,
Que de hoy en los tres dias
En campo hayais de estare;
Si no, á vos y á Oliveros
Daros hemos por cobardes.
—Pláceme, dijo Roldan,
Y aun si quisieredes ántes.—
Vereis llantos en palacio,
Que al cielo quieren llegare,
Dueñas y grandes señoras
Casadas y por casare,
A piés de maridos é hijos
Las vereis arrodillare.

Gayferos fué el primero
Que ha mancilla de su madre,
Asimesmo Don Beltran
De su hermana carnale,
Don Roldan de la su esposa
Que tan tristes llantos hace.
Tiranse entónces todos,
Y vanse á aposentare.
Los valedores hablando
A voz alta y sin parare:
—Mejor es, buenos caballeros,
A todos apaciguare;
Pues no hay cargo ninguno,
Todo se haya de dejare.—
Entónces dijo Roldan
Qu'es contento y que le place,
Con aquesta condicion,
Y esto se quiere otorgare:
Que Celinos es mochacho
De quince años y no mase,
Y no es para las armas,
Ni aun para pelear:
Que hasta veinte y cinco años,
Y hasta en aquella edade,
Que en número de los doce
No se haya de contare,
Ni en la mesa redonda
Ménos pueda comer pane:
Do fuere el Conde y Condesa
Celinos no pueda estare:
Cuando fuere de veinte años
O puesto en mejor edade,
Si estimare la su honra
Que lo pueda demandare,
Y que entónces por las armas
Todos defiendan su parte,
Porque no diga Celinos
Que era de menor edade.—
Todos fuéron muy contentos,
Y á ambas partes les place.
Entónces el Emperador
Todos los hace abrazare,
Todos quedan muy contentos,
Todos quedan muy iguales.
Otro dia el Emperador
Muy real sala les hace:
A damas y caballeros
Convidalos á yantare.
El Conde se afeita las barbas,
Los cabellos otro tale,
La Condesa en las fiestas
Sale muy rica y triunfante.
Los mestralsalas que servían
De parte del Emperante,
Es uno el Don Roldan,
Y el otro el de Montalvane,
Por dar mas avinenteza
Que hubiesen de hablare.
Cuando ya hubieron yantado,
Antes de bailar ni danzare,
Se levantó el conde Dirlos
Delante todos los grandes,
Y al Emperador entregó
De las villas y lugares
Las llaves, y lo ganado
Del rey moro Alharde;
Por lo cual el Emperador
Dello le da muy gran parte,
Y él á sus caballeros
Grandes mercedes les hace.
Los doce tenían en mucho
La gran victoria que trae.
De allí quedó con gran honra
Y mayor prosperidade.

(Cancionero de Romances. — It. Romance del conde Dirlos. Pliego suelto. — It. Silva de varios Romances. — It. Floresta de varios Romances.)

4 Forma este romance una novela caballeresca completa, y

un episodio de las fábulas de Carlo Magno. Su construcción indica una de aquellas composiciones primitivas que solo llegaron á imprimirse despues de alteradas no solo por la tradición oral, sino tambien por los poetas que intentaran corregirlo. La narración está hecha con sencillez y brio, aunque á veces con bastante monotonía y pesadez. Sin embargo el diálogo se sostiene é interesa. Los anacronismos en esta clase de composiciones, y de tales tiempos, son tan comunes que no merece la pena de señalarse el del uso de artillería que se supone en este romance en tiempo de Carlo Magno; pero esto prueba que no pudo hacerse la composición ó su reforma ántes de ser ya muy comun y conocida la dicha arma.

² Con el Arderin de Ardena, dice en el original.

³ Sin duda tuvo Cervantes presente este verso cuando hace en la parte 1.^a, cap. xxvi del Quijote que su héroe forme un rosario con las agallas de un alcornoque, para pasar rezando en Sierra-Morena el tiempo de su penitencia, dando así una muestra de las costumbres caballerescas de la edad media, donde se formaba un amalgama inexplicable de las pasiones mundanas, y la mas constante devoción.

ROMANCES SOBRE EL MARQUES DE MANTUA, VALDOVINOS Y CARLOTO.

355.

VALDOVINOS Y EL MARQUES DE MANTUA.—

(Anónimo 1.)

De Mantua salió el marques²
Danes Urgel el leale:
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare;
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare;
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.
Por la ribera del Po
La caza buscando vane.
El tiempo era caluroso,
Vispera era de Sant Juane.
Métense en una arboleda
Para refresco tomare;
Al derredor de una fuente
A todos mandó asentare.
Viandas aparejadas
Traen, y procuran yantare.
Desque hubieron yantado
Comenzaron de hablare
Solamente de la caza
Cómo se ha de ordenare.
Al pié estaban de una breña
Que junto á la fuente estae.
Oyeron un gran ruido
Entre las ramas sonare:
Todos estuvieron quedos
Por ver qué cosa serae;
Por las mas espesas matas
Ven un ciervo asomare;
De sed venia fatigado,
Al agua se iba á lanzare;
Los monteros á gran priesa
Los perros van á soltare:
Sueltan lebreles, sabuesos
Para le haber de tomare.
El ciervo que los sintió
Al monte se vuelve á entrare:
Caballeros y monteros
Comienzan de cabalgare;
Siguiéndole iban el rastro
Con gana de le alcanzare:
Cada uno va corriendo
Sin uno á otro esperare.
El que traía buen caballo
Corría mas por le atajare:
Apártanse unos de otros
Sin al Marques aguardare.

El ciervo era muy ligero,
Mucho se fué adelantare;
Al ladrado de los perros
Los mas siguiendo le vane.
El monte era muy espeso,
Todos perdido se hane.
El sol se queria poner,
La noche queria cerrare,
Cuando el buen marques de Mantua
Solo se fuera á hallare
En un bosque tan espeso
Que no podia caminar.
Andando á un cabo y á otro,
Mucho alejado se hae;
Tantas vueltas iba dando
Que no sabe donde estae.
La noche era muy oscura,
Comenzó recio á tronare;
El cielo estaba nublado,
No cesa de relampagueare.
El Marques que así se vido
Su bocina fué á tomare,
A sus monteros llamando:
Tres veces la fué á tocara.
Los monteros eran léjos,
Por demas era el sonare,
El caballo iba cansado
De por las breñas saltare;
A cada paso caia,
No se podia meneare.
El Marques muy enojado
La rienda le fué á soltara,
Por do el caballo queria
Lo dejaba caminar.
El caballo era de casta,
Esfuerzo fuera á tomara.
Diez millas ha caminado
Sin un momento parare;
No va camino derecho,
Mas por do podia andara.
Caminando todavia,
Un camino va á topare;
Siguiendo por el camino
Va á dar en un pinare:
Por él anduvo una pieza
Sin poder dél se apartare.
Pensó reposar allí
O adelante pasare;
Mas por buscar á los suyos
Adelante quiere andara.
Del pinar salió muy presto,
Por un valle fuera á entrara,
Cuando oyó dar un gran grito
Temeroso y de pesare,
Sin saber que de hombre fuese,
O de qué pudiese estare:
Solo gran dolor mostraba,
Otro no pudo notare,
De que se turbó el Marqués,
Todo espeluzado se hae;
Mas aunque viejo de dias
Empiézase de esforzara.
Por su camino delante
Empieza de caminar:
A pié va que no á caballo;
El caballo va á dejara,
Porque estaba muy cansado,
Y no podia bien andara;
En un prado que allí estaba
Allí le fuera á dejara.
Cuando llegó á un rio,
En medio de un arenale
Vido un caballero muerto,
Comenzó de mirara.
Armado estaba de guerra
A guisa de peleare;
Los brazos tenia cortados,
Las piernas otro que tale,
Y mas adelante un poco

Una voz sintió hablara:
— ¡Oh Santa Maria Señora,
No me quieras olvidara!
¡A ti encomiendo mi alma,
Plégate de la guardara!
En este trago de muerte
Esfuerzo me quieras dára;
Pues á los tristes consuelara
Quieres á mi consolara,
Y al tu precioso Hijo
Por mí te plega rogara
Que perdona mis pecados,
Mi alma quiera salvara.—
Cuando aquesto oyó el Marqués
Luego se fuera apartara;
Revolvióse el manto al brazo,
La espada fuera á sacara:
Apartado del camino
Por el monte fuera á entrara;
Hacia do sintió la voz
Empieza de caminar.
Las ramas iba cortando³
Para la vuelta acertara;
A todas partes miraba
Por ver qué cosa serara;
El camino por do iba
Cubierto de sangre estara.
Vinole grande congoja,
Todo se fué á demudara,
Que el espíritu le daba
Sobresalto de pesara.
De donde la voz oyera
Muy cerca fuera á llegara:
Al pié de unos altos robles
Vido un caballero estara,
Armado de todas armas
Sin estoque ni puñal.
Tendido estaba en el suelo,
No cesa de se quejara;
Las lástimas que decia
Al Marques hacen llorara:
Por entender lo que dice
Acordó de se acercara.
Atento estaba escuchando
Sin bullir ni menearse:
Lo que decia el caballero
Razon es de lo contare.
— ¡Dónde estás, señora mia,
Que no te pena mi male?
De mis pequeñas heridas
Compasion solias tomara,
¡Agora de las de muerte
No tienes ningún pesara!
No te doy culpa, señora,
Que descanso en el hablara:
Mi dolor, que es muy sobrado
Me hace desatinara.
Tú no sabes de mi mal
Ni de mi angustia mortara;
Yo te pedí la licencia
Para mi muerte buscara.
Pues yo la hallé, señora,
A nadie debo culpara,
Cuanto mas á ti, mi bien,
Que no me la quieras dára;
Mas cuando mas no podiste
Bien sentí tu gran pesara
En la fe de tu querer,
Segun te ví demostrara.
¡Esposa mia y señora!
No cures de me esperara;
Hasta el dia del juicio
No nos podemos juntara.
Si viviendo me quisiste,
Al morir lo has de mostrara,
No en hacer grandes extremos,
Mas por el alma rogara.
¡Oh mi primo Montesinos!
¡Infante Don Meriane!

¡Deshecha es la compañía,
En que soliamos andara!
¡Ya no esperéis mas de verme,
No os cümple ya mas buscara,
Que en balde trabajaréis
Pues no me podéis hallara!
¡Oh esforzado Don Renaldos!
¡Oh buen paladin Roldane!
¡Oh valiente Don Urgel!
¡Oh Don Ricardo Normante!
¡Oh marques Don Oliveros!
¡Oh Durandarte el galane!
¡Oh archiduque Don Estolfo!
¡Oh gran duque de Milane!
¡Dónde sois todos vosotros?
¡No venís á me ayudara?
¡Oh emperador Carlo Magno,
Mi buen señor naturale,
Si supieses tú mi muerte
Cómo la harías vengara!
Aunque me mató tu hijo
Justicia quieras guardara,
Pues me mató á traicion
Viniéndole acompañara.
¡Oh principe Don Carloto!
¡Qué ira tan desigual
Te movió sobre tal caso
A quererme así matare
Rogándome que viniese
Contigo por te guardara?
¡Oh desventurado yo,
Cómo venía sin cuidara
Que tan alto caballero
Pudiese hacer tal maldada!
Pensando venir á caza
Mi muerte vine á cazara.
No me pesa del morir
Pues es cosa naturale,
¡Mas por morir como muero
Sin merecer ningún male,
Y en tal parte donde nunca
La mi muerte se sabrae!
¡Oh alto Dios poderoso,
Justiciero y de verdada,
Sobre mi muerte inocente
Justicia quieras mostrara!
¡Desta ánima pecadora
Quieres haber piedada!
¡Oh triste reina mi madre,
Dios te quiera consolara,
Que ya es quebrado el espejo
En que te solias mirara!
Siempre de mí recelabas
Recebir algún pesara,
¡Agora de aquí adelante
No te cümple recelara!
En las justas y torneos
Consejos me solias dára,
¡Agora triste en la muerte
Aun no me puedes hablara!
¡Oh noble marques de Mantua⁵,
Mi señor tío carnale!
¡Dónde estás que no ois
Mi doloroso quejara?
¡Qué nueva tan dolorosa
Os será y de gran pesara
Cuando de mí no supierdes
Ni me pudierdes hallara!
Hecistesme heredero
Por vuestro Estado heredara,
¡Mas vos lo habréis de ser mio
Aunque sois de mas edade!
¡Oh mundo desventurado;
Nadie debe en tí fiara:
Al que mas subido tienes
Mayor caida haces dára!—
Estas palabras diciendo
No cesa de sospirara
Sospiros muy dolorosos
Para el corazon quebrara.

Turbado estaba el Marques,
No pudo mas escuchara:
El corazon se le aprieta,
La sangre vuelto se le hae.
A los piés del caballero
Junto se fué á llegara;
Con la voz muy alterada
Empezó de hablara:
— ¡Qué mal teneis, caballero?
¡Queredes me lo contare?
¡Teneis heridas de muerte,
O teneis otro algún male?
Cuando lo oyó el caballero
La cabeza probó alzara:
Pensó que era su escudero,
Tal respuesta le fué á dára:
— ¡Qué dices, amigo mio?
¡Traes con quien me confesara?
Que ya se me sale el alma;
La vida quiero acabara:
Del cuerpo no tengo pena,
Que el alma querría salvara.—
Luego le entendió el Marques
Por otro le fué á tomara:
Respondióle muy turbado
Que apenas pudo hablara:
— Yo no soy vuestro criado,
Nunca comí vuestro pan,
Antes soy un caballero
Que por aquí acerté á pasara:
Vuestras voces dolorosas
Aquí me han hecho llegara
A saber qué mal teneis,
O de qué es vuestro penara.
Pues que caballero sois
Querades vos esforzara,
Que para esto es este mundo
Para bien y mal pasara.
Decidme, señor, quié sois
Y de qué es vuestro male,
Que si remediarse puede
Yo os prometo de ayudara:
No dudeis, buen caballero,
De decirme la verdada.—
Tornara en sí Valdovinos,
Respuesta le fué á dára:
— Muchas mercedes, señor,
Por la buena voluntad;
Mi mal es crudo y de muerte,
No se puede remediara.
Veinte y dos heridas tengo
Que cada una es mortara;
El mayor dolor que siento,
Es morir en tal lugara,
Do no se sabrá mi muerte
Para poderse vengara,
Porque me han muerto á traicion
Sin merecer ningún male.
A lo que habeis preguntado
Por mí fe os digo verdada,
Que á mí dicen Valdovinos,
Que el Franco solian llamara:
Hijo soy del Rey de Dacia,
Hijo soy suyo carnale,
Uno de los doce páres
Que á la mesa comen pan.
La reina Doña Ermelina
Es mi madre naturale,
El noble marques de Mantua
Era mi tío carnale,
Hermano era de mi padre
Sin en nada discrepara:
La linda infanta Sevilla
Es mi esposa sin dudara:
Hame herido Carloto
Su hijo del Emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldada:
Porque no le dió su amor
El en mí se fué á vengara.

Pensando que por mi muerte
 Con ella habia de casare.
 Hame muerto á traicion
 Viniendo yo á le guardare,
 Porquel me rogó en Paris
 Le viniese acompañare
 A dar fin á una aventura
 En que se queria probar.
 Quien quier que seais, caballero
 La nueva os plega llevar
 De mi desastrada muerte
 A Paris, esa ciudade,
 Y si hácia Paris no fuerdes
 A Mantua la iréis á dare,
 Qu'el trabajo que ende habreis
 Muy bien os lo pagarane,
 Y si no quisierdes paga
 Bien se os agradecerá. —
 Cuando aquesto oyó el Marques
 La habla perdido hae,
 En el suelo dió consigo,
 La espada fué arrojare,
 Las barbas de la su cara
 Empezólas de arrancare,
 Los sus cabellos muy canos
 Comiénzalos de mesare.
 A cabo de una gran pieza
 En pié se fué á levantar;
 Allegóse al caballero
 Por las armas le quitare.
 Desde le quitó el almete
 Comenzóle de mirare:
 Estaba en sangre bañado,
 Con la color muy mortale:
 Estaba desfigurado,
 No lo podia figurare,
 No lo podia conocer
 En el gesto ni el hablare;
 Dudando estaba dudando
 Si era mentira ó verdade.
 Con un paño que traía
 La cara le fué á limpiare:
 Desde lo hubo limpiado
 Luego conocido lo hae.
 En la boca lo besaba
 No cesando de llorare,
 Las palabras que decía
 Dolor es de las contare.
 — ¡ Oh sobrino Valdivinos,
 Mi buen sobrino carnale!
 ¿ Quién os trató de esta suerte?
 ¿ Quién os trujo á tal lugare?
 ¿ Quién es el que á vos mató
 Que á mi vivo fué á dejare?
 ¡ Mas valiera la mi muerte
 Que la vuestra en tal edade!
 ¿ No me conoceis, sobrino?
 ¡ Por Dios queraisme hablare!
 Yo soy el triste marques
 Que tío sollades llamare,
 Yo soy el marques de Mantua
 Que debo de reventare
 Llorando la vuestra muerte
 Por con vida no quedare.
 ¡ Oh desventurado viejo!
 ¿ Quién me podrá conortare?
 Qu'en pérdida tan crecida
 Mas dolor es consolare.
 Yo la muerte de mis hijos
 Con vos podría olvidare.
 Agora, mi buen señor,
 De nuevo habré de llorare.
 A vos tenia por sobrino
 Para mi Estado heredare,
 Agora por mi ventura
 Yo vos habré de enterrare.
 Sobrino, de aquí adelante
 Yo no quiero vivir mase:
 Ven, muerte, cuando quisieres,
 No te quieras retardare;

¡ Mas al que méns te teme
 Le buyes por mas penare!
 ¿ Quién le llevará las nuevas
 Amargas de gran pesare
 A la triste madre vuestra?
 ¿ Quién la podrá consolare?
 Siempre lo oi decir,
 Agora veo ser verdade,
 Que quien larga vida vive
 Mucho mal ha de pasare:
 Por un placer muy pequeño
 Pesares ha de gustare. —
 Destas palabras y otras
 No cesaba de hablare
 Llorando de los sus ojos
 Sin poderse conortare.
 Esforzóse Valdivinos
 Con el angustia mortale;
 Cuando conoció á su tío
 Alivio fuera á tomare:
 Tomóle entrambas las manos,
 Muy recio le fué apretare:
 Disimulando su pena
 Comenzó al Marques á hablare:
 — No lloredes, señor tío,
 Por Dios no querais llorare,
 Que me dais doblada pena
 Y al alma haceis penare;
 Mas lo que yo os encomiendo
 Es por mí querais rogare,
 Y no me desampareis
 En este esquivo lugare;
 Hasta que yo haya espirado,
 No me querades dejare.
 Encomiéndoois á mi madre
 Vos la querais consolare,
 Que bien creo que mi muerte
 Su vida habrá de acabare;
 Encomiéndoois á mi esposa,
 Por ella querais mirare;
 El mayor dolor que siento
 Es no le poder hablare. —
 Ellos estando en aquesto
 Su escudero fué á llegare:
 Un ermitaño traía
 Que en el bosque fué á hallare,
 Hombre de muy santa vida
 Del órden sacerdotale.
 Cuando llegó el ermitaño
 El alba queria quebrare.
 Esforzando á Valdivinos
 Comenzóle amonestare
 Que olvidando aqueste mundo
 De Dios se quiera acordare.
 Aparte se fué el Marques
 Por dalles mejor lugare;
 El escudero á otra parte
 Tambien se fuera apartare:
 El Marques de quebrantado
 Gran sueño le fué á tomare.
 Confesóse Valdivinos
 A toda su voluntad.
 Estando en su confesion,
 Ya que queria acabare,
 Las angustias de la muerte
 Comienzan de le aquejare:
 Con el dolor que sentía
 Una gran voz fuera á dare:
 Llama á su tío el Marques,
 Comenzó así de hablare:
 — Adios, adios, mi buen tío,
 Adios os querais quedare,
 Que yo me voy de este mundo
 Para la mi cuenta dare:
 Lo que os ruego y encomiendo
 No lo querais olvidare:
 Dadme vuestra bendicion,
 La mano para besare. —
 Luego perdiera el sentido,
 Luego perdiera el hablare;

Los dientes se le cerraron,
 Los ojos vuelto se le hane.
 Recordó luego el Marques,
 A él se fuera á llegare,
 Muchas veces lo bendice
 No cesando de llorare.
 Absolvióle el ermitaño;
 Por él comienza á rezare.
 Y á cabo de poco rato
 Valdivinos fué á espirare.
 El Marques de verlo así
 Amortescido se hae,
 Consuélole el ermitaño,
 Muchos ejemplos le dae:
 El Marques como discreto
 Acuerdo fuera á tomare,
 Pues remediar no se puede,
 A haberse de conortare.
 Lo que hacia el escudero
 Lástima era de mirare;
 Rascañaba la su cara,
 Sus ropas rasgado hae,
 Sus barbas y sus cabellos
 Por tierra los va á lanzare.
 A cabo de una gran pieza,
 Que ambos cansados estane,
 El Marques al ermitaño
 Comienza de preguntare:
 — Pidoos por Dios, padre honrado,
 Respuesta me querais dare:
 ¿ Dónde estamos, ó en qué reino
 En qué señorío ó lugare?
 ¿ Cómo se llama esta tierra?
 ¿ Cuya es, y á qué mandare? —
 El ermitaño responde:
 — Pláceme de voluntade:
 Debeis de saber, señor,
 Que esta tierra sin poblare
 Otro tiempo fué poblada,
 Despoblóse por gran male,
 Por batallas muy crueles
 Que hubo en la cristiandade:
 A esta llaman la Floresta
 Sin ventura y de pesare,
 Porque nunca caballero
 En ella acaecié entrare
 Que saliese sin gran daño
 Ó desastre desiguale.
 Esta tierra es del marques
 De Mantua, la gran ciudade:
 Hasta Mantua son cien millas
 Sin poblado ni lugare,
 Sino sola una ermita
 Que á seis millas de aquí estae,
 Donde yo hago mi vida
 Por del mundo me apartare.
 El mas cercano poblado
 A veinte millas estae;
 Es una villa cercada
 Del ducado de Milane.
 Ved lo que queréis, señor,
 En que yo os pueda ayudare,
 Que por servicio de Dios
 Lo haré de voluntade,
 Y por vuestro acatamiento,
 Y por hacer caridade. —
 El Marques que aquesto oyera
 Comenzóle de rogare
 Que no recibiese pena
 De con el cuerpo quedare,
 Miétras él y el escudero
 El caballo van buscare
 Que allí cerca habia dejado
 En un prado á descansare.
 Plúgole al ermitaño
 Allí haberlos de esperare:
 El Marques y el escudero
 El caballo van buscare:
 Por el camino do iban

Comenzóle á preguntare:
 — Digasme, buen escudero,
 Si Dios te quiera guardare,
 ¿ Qué venía tu señor
 Por esta tierra buscare,
 Y por qué causa lo han muerto,
 Y quién le fuera á matare? —
 Respondióle el escudero,
 Tal respuesta le fué á dare:
 — Por la fe que debo á Dios
 Yo no lo puedo pensare,
 Porque no lo sé, señor;
 Lo que vi os quiero contare.
 Estando dentro en Paris
 En cortes del Emperante,
 El príncipe Don Carloto
 A mi señor envió á llamare.
 Estuvieron en secreto
 Todo el dia en su hablare;
 Cuando la noche cerró
 Ambos se fuéron armare.
 Cabalgaron á caballo,
 Salieron de la ciudade
 Armados de todas armas
 A guisa de peleare.
 Yo sali con Valdivino
 Y con Don Carloto un paje:
 Ayer hubo quince dias
 Salimos de la ciudade.
 Luego cuando aquí llegamos
 A este bosque de pesare,
 Mi señor y Don Carloto
 Mandaron nos esperare.
 Solos se entraron los dos
 Por aquel espeso valle:
 El paje estaba cansado,
 Gran sueño le fué á tomare;
 Yo pensando en Valdivinos
 No podia reposare.
 Apartéme del camino,
 En un árbol fui á pujare,
 A todas partes miraba
 Cuando los veria tornare.
 A cabo de un grande rato
 Caballo oi relinchare,
 Vi venir tres caballeros,
 Mi señor no vi tornare.
 Venian bañados en sangre,
 Luego vi mala señale;
 El uno era Don Carloto,
 Los dos no pude notare.
 Con grande miedo que tenia
 No los osé preguntare
 Do quedaba Valdivinos,
 Do le fueran á dejare:
 Mas abajéme del árbol,
 Entré por aquel pinare;
 Desde los vi trasponer
 Yo comencé de buscare
 A mi señor Valdivinos,
 Mas no lo podia hallare:
 El rastro de los caballos
 No dejaba de mirare.
 A la entrada de un llano,
 Al pasar de un arenale,
 Vi huella de otro caballo,
 Lo cual me pareció male;
 Vi mucha sangre por tierra,
 De que me fui á espantare;
 En la orilla del rio
 El caballo fui á hallare,
 Mas adelante no mucho
 A Valdivinos vi estare.
 Boca abajo estaba en tierra,
 Ya casi queria espirare,
 Todo cubierto de sangre
 Que apenas podia hablare.
 Levantáralo de tierra,
 Comencéle de limpiare;

Por señas me demandó
Confesor fuese á buscare.
Esto es, noble señor,
Lo que sé deste gran male. —
En estas cosas hablando
El caballo van topare,
Cabalgó en él el Marques,
Y á las ancas le fué á tomare:
A do quedó el ermitaño
Presto tornado se hane.
Desque hablaron un rato
Acuerdo van á tomare
Que se fuesen á la ermita,
Y el cuerpo allá lo llevare.
Pónenlo encima el caballo,
Nadie quiso cabalgare.
El ermitaño los guía,
Comienzan de caminare;
Llevan vía de la ermita
Aprisa y no de vagare.
Desque allá hubieron llegado
Van el cuerpo desarmare.
Quince lanzadas tenia,
Cada una era mortale,
Que de la menor de todas
Ninguno podria escapare.
Quando así lo vió el Marques
Trasasóse de pesare,
Y á cabo de una gran pieza
Un gran suspiro fué á dare.
Entró dentro en la capilla,
De rodillas se fué á hincare,
Puso la mano en un ara
Que estaba sobre el altare,
Y en los piés de un crucifijo
Jurando, empezó de hablare:
— Juro por Dios poderoso,¹
Por Santa María su Madre,
Y al santo Sacramento
Que aquí suelen celebrare,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortare;
De no vestir otras ropas,
Ni renovar mi calzare;
De no entrar en poblado,
Ni las armas me quitare,
Sino fuere una hora
Para mi cuerpo limpiare;
De no comer en manteles,
Ni á mesa me asentare,
Hasta matar á Carloto
Por justicia ó peleare,
O morir en la demanda
Manteniendo la verdade:
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade
De con mi Estado y persona
Contra Francia guerreare,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer sin pare.
Y por este juramento
Prometo de no enterrare
El cuerpo de Valdovinos
Hasta su muerte vengare. —
De que aquesto hubo jurado
Mostró no sentir pesare;
Rogando está al ermitaño
Que le quisiese ayudare
Para llevar aquel cuerpo
Al mas cercano lugare.
El ermitaño piadoso
Su bestia le fué á dejare;
Amortajaron el cuerpo,
En ella lo van á posare:
Con armas de Valdovinos
El Marques se fué á armare:
Cabalgara en su caballo,
Comienza de caminare.
Camino van de la villa

Que arriba oistes nombrare.
Con él iba el ermitaño
Por el camino mostrare.
Antes que á la villa lleguen
Una abadia van hallare
De la órden de San Bernardo
Que en una montaña estae,
Á la bajada de un puerto
Y á la entrada de un lugare.
Allá se fué el Marques
Y allí acordó quedare
Por estar mas encubierto,
Y el cuerpo en guarda dejare,
Hasta habelle un atahud
Y habelle de embalsamare.
Al ermitaño rogaba
Dineros quiera tomare;
Desque dineros no quiso
Sus ricas joyas le dae:
No quiso ninguna cosa,
Su bestia fué á demandare:
Despidióse del Marques,
A Dios le fué á encomendare.
Despues de ser despedido
Para su ermita se vae:
Por el camino do vuelve
A muchos topado hae
Que al Marques iban buscando,
Llorando por le hallare.
Muchos por él preguntaban,
Las señas ciertas dane,
Por las señas que le dieron
El conocido le hae,
Y á todos les respondia:
— Yo os digo cierto verdade,
Que un hombre de tales señas,
Que no sé quién es ni cuál,
Dos días ha que le acompaño
Sin saber adónde vae:
Dejélo en un abadia
Que dicen de Flores Valle,
Con un caballero muerto
Que acaso fuera á hallare:
Si allá quereis ir, señores,
Hallaréislo de verdade.

(Cancionero de Romances. — II. Silva de varios Romances. — II. Floresta de varios Romances.)

¹ Aunque Pellicer dice en las notas del *Quijote* que este romance impreso en Alcalá, en 1598, es de Jerónimo Treviño, yo creo que este fué, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. El romance forma un bellissimo cuadro de costumbres caballerescas y de sentimientos interesantes, que por su naturalidad y sencillez suspenden el ánimo, y le elevan á la verdad de las situaciones que halla el poeta. Nada parece estudiado ni iluminado con los colores de la imaginación artificiosa; pero allí está retratado el corazón, que para sentir se abandona á la naturaleza. Este y los dos que le siguen son una trilogía de romances sobre la muerte de Valdovinos y su venganza.

² Lope de Vega hizo una comedia con título de *El Marques de Mantua*, la cual se halla en la parte ó tomo xii de sus obras dramáticas, cuyo asunto es el mismo de estos romances de Valdovinos.

³ Acaso de aquí tomó Cervantes la idea de lo que hizo Sancho cuando se apartó de Don Quijote en Sierra-Morena, para poder á su vuelta hallar el camino de encontrarle. (*Quijote*, parte 1.^a, cap. xxv.)

⁴ Este pasaje pone Cervantes en boca de Don Quijote (parte 1.^a, cap. v), pero sin duda según una lección mas moderna, como puede inferirse de su lenguaje, y dice:

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

⁵ Este verso y el que sigue, tambien los pone Cervantes con lección mas moderna, en el cap. v, parte 1.^a del *Quijote*.

⁶ Este es el juramento que recuerda Cervantes en el capítulo x, parte 1.^a del *Quijote*.

356.

VALDOVINOS. — II.

(Anónimo 4.)

De Mantua salen apriesa
Sin tardanza ni vagare
Ese noble conde Dirlos,
Visorey de allende mare,
Con el duque Don Sanson,
De Picardia naturale:
Camino van de Paris,
Aunque ninguno lo sabe,
Qu'el marques Danes Urgel
Los envía con mensaje
A ese alto Emperador
Que estaba en Paris la grande.
Llegados son á Paris
Sin mucho tiempo tardare.
Caballeros son de estima,
De grande estado y linaje,
De los doce que á la mesa
Redonda comian pane.
Los grandes que lo supieron
Salen por los compañare.
Quando entraron en Paris
Vanse al palacio reale;
Preguntan por el Emperador
Para habelle de hablare:
De que lo supo Don Carlos
Luego los mandó entrare;
Desque son delante dél
Las rodillas van hincare;
Demandáronle las manos,
Mas no se las quiso dare;
Mandóles alzar de tierra,
Comenzólos preguntare:
— ¿De dónde venides, Duque?
¿De qué parte ó qué lugare?
¿Dónde habeis estado, Conde?
¿Venis de allende la mare? —
Respondieron ambos juntos,
Presto tal respuesta dane:
— En Francia habemos estado,
En Mantua, esa ciudad,
Con el marques Danes Urgel
Por le haber de acompaño;
La embajada que traemos,
Señor, queráis la escuchare:
Mandad salir todos fuera,
No quede sino Roldane,
Que despues siendo contento,
Bien se podrá publicare. —
Todos se salieron luego
De la cámara reale,
De los cuatro quedan solos,
Las puertas mandan cerrare.
De rodillas por el suelo
El Conde comenzó á hablare:
— ¡Oh muy alto Emperador,
Sacra real majestade!
Tu vasallo soy, señor,
Y de Francia naturale;
Pues vengo por mensajero
Licencia me manda dare
Para decir mi embajada,
Si no recibes pesare. —
Respondió el Emperador
Sin el semblante mudare:
— Decid, Conde, qué quereis,
Pues no os cumple recelare;
Bien sabeis qu'el mensajero
Licencia tiene de hablare:
Al amigo y enemigo
Siempre se debe escuchare,
Por amistad al amigo,
Y al otro por se avisare. —
Levantóse luego el Conde,
Una carta fué á mostrare,

La cual era de creencia,
Dióla en manos de Roldane:
Comenzó de hacer su habla
Con discreto razonare.
— Creyendo hacer mas servicio
A tu sacra majestade,
Acepté, señor, el cargo
De este mensaje explicare,
Porque sin pasion ninguna
La verdad podré contare,
Segun que vengo informado,
Sin añadir ni quitare.
La embajada que yo traigo
Es justicia demandare
Del infante Don Carloto,
Tu propio hijo carnale.
Dicen que él mató sin culpa
A Valdovinos el infante,
Hijo del buen rey de Dacia,
Tu vasallo naturale;
Y matóle con alevé,
Con engaño y falsedade,
Rogándolo que se fuese
Con él á le acompaño.
Por casarse con su esposa
Dicen que le fué á matare:
De este delito se quejan
Muchos hombres de linaje,
Que son parientes del muerto,
Y se sienten de tal male.
El marques Danes Urgel
Se muestra mas principale,
Por ser tio de Valdovinos,
Hermano del Rey su padre.
Demas de ser su pariente,
Tiene muy mayor pesare
Porque lo halló herido,
Casi á punto de espirare,
En un bosque muy esquivo,
Apartado de lugare.
El mismo le contó el caso,
A él se fué encomendare,
En sus brazos espiró,
Razon es no le olvidare:
Y ese maestre de Rodas
Urgel de la fuerza grande,
Que es primo del Marques,
Tio tambien del infante:
Y ese duque de Baviera
Don Naimo el singulare,
Abuelo de Valdovinos,
Padre carnal de su madre:
Y ese rey de Sansueña,
Tu vasallo naturale,
Padre de la infanta Sevilla
Que cristiana se fué á tornare
Por amor de Valdovinos
Para con él se casare;
Y otros muchos caballeros
Tambien se van á quejare,
Los unos por parentesco,
Los otros por amistad;
Sobre todos esa reina
Doña Ermelina, su madre.
Tus naturales y extraños
Tambien te envían á suplicare
Que si tu hijo los mata
¿Quién los ha de defensare?
Si no mantienes justicia
Dejarán su naturale,
Y se partirán de Francia
A otros reinos á morare.
El caso es abominable,
Y terrible de contare;
Y si tal cosa es, señor,
Bien lo debes castigare.
Acuérdate de Trajano
En la justicia guardare,
Que no dejó sin castigo

Su único hijo carnale;
 Aunque perdonó la parte,
 El no quiso perdonare.
 Si niegas, señor, justicia,
 Mucho te podrán culpares,
 Que tal caso como este
 No es para dejar pasare.
 ¡Mira bien, señor, en ello!
 Respuesta nos manda dare. —
 Turbóse el Emperador,
 Que apenas pudo hablare:
 La mano tenia en la barba,
 Muy pensativo ademase.
 A cabo de una gran pieza
 Tal respuesta le fué á dare:
 — ¡Si lo que habeis dicho, Conde,
 Se puede hacer verdade,
 Mas quisiera que mi hijo
 Fuera el muerto sin dudare!
 El morir es una cosa
 Que á todos es naturale,
 La memoria queda viva
 Del que muere sin fealdade;
 Del que vive deshonrado
 Se debe tener pesare,
 Porque así viviendo muere
 Olvidado de bondade.
 Decilde, Conde, al Marques
 Y á cuantos con él estane,
 Que el pesar que desto tengo
 No lo puedo demostrare:
 Mas yo daré tal ejemplo
 En esta muerte vengare,
 Que la pena del delito
 Sobrepuje á la maldade,
 Porque todos se escarmienten
 Cuantos lo oyeren nombrare.
 Vengan á pedir justicia,
 Que yo la haré guardare
 Como es costumbre de Francia
 Usada de antigua edade:
 Si buena verdad trujeren
 En mi corte se verare;
 Do mi persona estuviere
 La justicia será iguala,
 Así al pobre como al rico,
 Así al chico como al grande,
 Y tambien al extranjero,
 Como al propio naturale.
 Mas quiero dejar memoria
 De grande riguridad,
 Que dejar sin dar castigo,
 Al que comete maldade.
 Aunque sea mi propio hijo
 Que me tenia de heredare. —
 Cuando esto oyó el Conde
 Las manos le fué á besare;
 Alabandó su respuesta,
 El Duque comenzó hablare:
 Siempre, señor, confiamos
 De tu inclita bondade
 Que por mantener justicia
 Tal respuesta habias de dare;
 Mas porque el caso requiere
 En sí mesmo gravedade,
 Y por ser cosa de hijo
 Tú no lo debes juzgare.
 El marques Danes Urgel
 Te envia á suplicare,
 Que porque él tiene jurado
 De en poblado nunca entrare.
 Hasta que alcance derecho
 De Carloto el infante,
 Y él mismo tiene de ser
 El que lo ha de acusare,
 Que no quieras ser presente
 Para haber de sentenciar;
 Mas que nombres caballeros
 Que puedan determinar,

Segun costumbre de Francia
 Entre hombres de linaje,
 Y que los que señaláredes
 Para este caso mirare,
 Sean caballeros de estado
 De tu consejo imperiale,
 Y que hagan juramento
 De administrar la verdade,
 Y tu majestad provea
 De señalar un lugare
 En el campo, sin poblado,
 A do se haya de juzgare
 Para oír ambas las partes
 Hasta ejecucion finale.
 Porque el Marques trae gente
 Para se haber de guardare
 De quien algo le quisiere
 Y le hubiere de enojare,
 Y sus parientes y amigos
 Vienen por le acompañare,
 Y entre ellos viene Renaldos,
 El señor de Montalvane,
 El cual está puesto en bandor
 Con tu sobrino Roldane.
 Porque no sabe el Marques
 Si recibirá pesare,
 No quiere venir con gentes
 Sin saber tu voluntad,
 Pues viene á pedir justicia
 Y no para guerreare;
 Pide, señor, le asegures
 Y á cuantos con él vernane,
 Mientras que el pleito durare
 Seguro les mandes dare
 Para venida y estada,
 Y despues para toruare,
 No porque él tema á ninguno,
 Ni haya de quién se recelare:
 Mas por cumplir lo que debe
 A tu sacra majestade.
 D'esta manera, señor,
 El vendrá sin detardare,
 Que ya es partido de Mantua,
 No cesa de caminar.
 Don Renaldos le aposenta
 Sin hacer daño ni male,
 En tierras de señorios
 Todos recaudo le dane,
 Pagando de sus dineros
 Lo acostumbrado pagare.
 Para pasar por tus tierras
 Licencia les manda dare,
 Y todos los bastimentos
 Que hubieren necesidad;
 Pagando lo que valiere
 No se les deben negare. —
 Al Emperador le plugo,
 Todo lo fué así otorgare:
 — El Marques venga seguro
 Y cuantos con él vernanen.
 Venga siquiera de guerra,
 O como le placere,
 Yo lo tomo so mi amparo,
 So mi corona reale.
 Porque mas seguro venga
 Este mi anillo tomade;
 Todo lo que yo os prometo
 Siempre hallaréis verdade:
 La licencia que pedis
 Soy contento de os la dare;
 Ordenaldo á vuestra guisa,
 Que así lo quiero firmare. —
 Sacó un anillo de oro
 Con el sello imperiale;
 El Duque lo tomó luego
 Las manos le fué á besare.
 Del Emperador se despiden,
 A sus posadas se vane.
 Don Roldan quedó enojado,

Mas no lo quiso mostrare.
 Luego se supo en la corte
 Todo lo que fué á pasare,
 La embajada que traian,
 Lo que venian á demandare.
 Mucho pesó á Don Carloto,
 Quiérello disimulare;
 Fuese al Emperador
 A haberse de desculpares;
 Mas nunca lo quiso oír
 Sino en consejo reale.
 La audiencia que le dió
 Fué mandarlo aprisionare
 Hasta ser determinada
 Por su corte la verdade.
 Preso ya y puesto á recaudo,
 En guarda lo fuera dare
 A Don Renaldos de Belanda,
 Que Ayuelos suelen llamare,
 Gran Condestable de Francia,
 Y en cortes gran Senescale.
 Mucho pesaba á los grandes
 Que le tenían amistad,
 Sobre todos le pesaba
 A ese paladin Roldane.
 Todos buscaban maneras
 Para le haber de soltare,
 Mas nunca el Emperador
 A alguno quiso escuchare:
 Cuanto mas por él le ruegan,
 Tanto mas lo hace guardare.
 Cada dia entra en consejo,
 Las leyes hacia mirare,
 Quien tal crimen cometia.
 Qué pena le habia de dare.
 Estando en esto las cosas
 El Marques fuera á llegare
 A tres millas de Paris
 A vista de la ciudad:
 No quiso pasar delante,
 Mandó asentar su reale.
 Aposentóse Renaldos
 Ribera de un rio caudale,
 Do mejor le pareció
 Y mas seguro lugare,
 Y él adelante pasó
 Una milla ó poco mase.
 Armaron luego su tienda,
 Su bandera mandó alzare:
 La gente de la ciudad
 Todos iban á mirare
 El gran campo del Marques,
 Su concierto singular,
 La diversidad de gentes,
 La orden que el Marques trae.
 Muchos grandes y señores
 Al Marques iban á hablare
 Por probar algun concierto
 Y saber su voluntad.
 El estabase en su tienda,
 En aquel estado grande,
 Armado de todas armas,
 Y descubierta la face,
 El atahud allí delante
 Por mas dolor demostrare,
 La madre de Valdovinos
 Y su esposa allí á la pare
 De aquella forma y manera
 Que arriba oistes nombrare.
 Los que venian á la tienda
 Para el Marques visitare,
 De que le veían armado
 Y de aquella forma estare,
 Habian del compasion,
 Llegaban por le hablare.
 Recebialos muy bien,
 Cabe él los hacia sentare;
 El caso como pasara
 A todos iba á contare.

Cuando algo le rogaban
 Mostraba mucho pesare;
 Rogaba con cortesía
 Le quisiesen perdonare
 Por no poder complacerlos
 Como era su voluntad,
 Porque él se habia quitado
 Sobre esto la libertad.
 El juramento que hizo
 A todos hacia mostrare,
 Porque no tuviesen causa
 Sobre ello de importunare.
 Los grandes que allí venian
 No le querian fatigare,
 Ni querian sobre tal caso
 El su dolor renovare.
 Volvianse para Paris
 Pensativos ademase,
 Diciendo tener razon
 El Marques de se vengare
 De un tan grave delito,
 Y hacello bien castigare.
 Quando el Emperador supo
 Que el Marques fuera á llegare,
 Mandó llamar al consejo
 En su palacio imperiale.
 Mandó cuando fueron juntos
 Los embajadores llamare:
 La embajada que trajeron
 Tornasen á recontare.
 Levantóse el conde Dirlos
 Comenzóla de explicare:
 De que la hubo acabado
 Tornóse luego á sentare.
 Todos se maravillaban
 De oír tan gran maldade.
 Por amor del Emperador
 Todos recibian pesare;
 Mirábanse unos á otros,
 A todos parecia male.
 Antes que hablase ninguno
 El Emperador fué hablare:
 — Lo que aquí pide el Marques
 Por primero y principale,
 Es que yo le nombre jueces
 Para esto determinare:
 Por ser caso de Carloto
 Presente no quiero estare;
 Para mejor señalarlos
 Yo les daré potestade
 Que administren la justicia
 En su conciencia y verdade. —
 A todos está mirando,
 Y empiézales de hablare:
 — Los jueces que yo le nombro
 Para justicia guardare
 El uno es Dardín Dardeña,
 Que Delfin suelen llamare,
 De tres estados de Francia,
 El primero en consejare:
 El otro el conde de Flándes,
 Don Alberto el singular,
 Uno de los tres estados,
 Y primero en el mandare:
 Otro el duque de Borgoña,
 Primero estado en juzgare,
 Riguroso y justiciero,
 En mis reinos principale:
 El otro el duque Don Carlos,
 Mi sargento generale:
 Otro el duque de Borbon,
 Mi cuñado Don Grimalte:
 El otro el conde de Foy,
 Y el buen viejo Don Beltrane:
 Otro sea Don Reynero
 Llamado duque de Aste,
 Y el conde Don Galalon
 De Alemania principale:
 Otro el duque Vibiano